

RACISMOS

Título original: *Racisms: From the Crusades to the Twentieth Century*

© del texto: Princeton University Press, 2013

© de la traducción: Albert Beteta Mas, 2025

© de esta edición: Arpa & Alfíl Editores, S. L.

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-10313-39-2

Depósito legal: 3227-2025

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en Sant Andreu de la Barca

Este libro está hecho con papel proveniente de Suecia, el país con la legislación más avanzada del mundo en materia de gestión forestal. Es un papel con certificación ecológica, rastreable y de pasta mecánica. Si te interesa la ecología, visita arpaeditores.com/pages/sostenibilidad para saber más.

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Francisco Bethencourt

RACISMOS

La historia del racismo
de la Edad Media al siglo xx

Traducción de Albert Beteta Mas

arpa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PRIMERA PARTE: LAS CRUZADAS	29
1. De la percepción griega a la musulmana	33
2. La reconquista cristiana	42
3. El universalismo: integración y categorización	71
4. Tipologías humanas y modelos de discriminación	87
SEGUNDA PARTE: LA EXPLORACIÓN OCEÁNICA	109
5. Las jerarquías de los continentes y de los pueblos	115
6. Los africanos	143
7. Los americanos	171
8. Los asiáticos	195
9. Los europeos	226
TERCERA PARTE: LAS SOCIEDADES COLONIALES	263
10. La clasificación étnica	271
11. La estructura étnica	298
12. Proyectos y políticas	335
13. Discriminación y segregación	356
14. El abolicionismo	374

CUARTA PARTE: LAS TEORÍAS DE LA RAZA	405
15. Las clasificaciones de los seres humanos	415
16. El racismo científico	446
17. Darwin y la evolución social	478
QUINTA PARTE: MÁS ALLÁ DEL NACIONALISMO	507
18. El impacto del nacionalismo	513
19. Comparaciones globales	556
CONCLUSIONES	603
NOTAS	621

Para Ulinka

INTRODUCCIÓN

Este libro se aparta de la opinión generalmente aceptada de que la teoría de las razas precedió al racismo. También pone en tela de juicio los recientes estudios revisionistas, que rastrean el origen de la aparición del racismo hasta la Antigüedad clásica. En esta línea, rechaza la idea del racismo como fenómeno innato compartido por toda la humanidad. En él sostengo que las configuraciones particulares del racismo solo pueden explicarse a través de la investigación de coyunturas históricas, que deben compararse y estudiarse a largo plazo. El racismo es relacional y varía con el tiempo; no puede entenderse plenamente mediante el estudio segmentado de breves periodos de tiempo, de regiones específicas o de víctimas conocidas, como, por ejemplo, los negros o los judíos.

La noción del racismo que emplearé en este libro —prejuicio sobre la ascendencia étnica asociado a la discriminación— sienta la bases de este enfoque a largo plazo, permitiéndonos proyectar sus distintas formas, continuidades, interrupciones y evoluciones. Mi investigación se centra en el mundo occidental, desde las Cruzadas hasta la actualidad. Los prejuicios étnicos locales y las acciones discriminatorias son visibles en Europa desde la Edad Media hasta el siglo xx, mientras que la expansión europea creó un conjunto coherente de ideas y prácticas relativas a las jerarquías de los pueblos de distintos continentes. No sostengo que la realidad del racismo sea exclusiva de esta parte del mundo; Europa

sencillamente proporciona un escenario relativamente coherente que compararé con otras partes del mundo en las que se han manifestado fenómenos similares.

El libro se basa en gran medida en el análisis de fuentes primarias impresas y visuales, que pueden proporcionarnos nuevos indicios sobre el pasado, a la vez que se nutre de la lectura crítica de una importante y extensa bibliografía secundaria sobre el racismo extraída de varios campos.¹ La principal hipótesis en la que se basa mi investigación es que, a lo largo de la historia, el racismo como prejuicio sobre la ascendencia étnica asociado a la discriminación ha estado motivado por proyectos políticos.

CUESTIONES

¿Cómo es posible que una misma persona pueda ser considerada negra en Estados Unidos, de color en el Caribe o en Sudáfrica y blanca en Brasil? Hace doce años, esta pregunta motivó mi investigación sobre la historia del racismo. La arbitrariedad me parecía la cuestión principal, pero me habían enseñado a tomarme muy en serio las formas de clasificación. Las clasificaciones pueden moldear el comportamiento humano en todos los niveles de la sociedad. En este caso, parecía obvio que la categorización racial tenía un poder enorme a la hora de clasificar a los grupos sociales, así como a la hora de establecer restricciones y oportunidades a la población de los países implicados. Consulté los principales estudios comparativos sobre racismo de Pierre van den Berghe, Carl Degler y George M. Fredrickson.² Estos análisis identificaban claramente percepciones raciales comunes y divergentes en Estados Unidos y Brasil —un ejemplo de divergencia era que una gota de sangre africana definía a las personas negras en Estados Unidos, mientras que en Brasil el estatus de clase media emblanquecía a una persona—. Pero tuve la impresión de que tanto los antecedentes históricos como las formas cambiantes de clasificación no estaban suficientemente explorados. El contraste actual entre Francia y Estados Unidos es revelador:

la categorización racial ha sido abolida oficialmente por los franceses, puesto que se considera que reafirma los prejuicios racistas, mientras que en Estados Unidos la clasificación racial forma parte de todas las investigaciones burocráticas, especialmente de las personas que entran en el país. Por otra parte, los afroamericanos han recuperado la palabra *raza* para reinstaurarla como expresión de identidad colectiva y como herramienta política contra la discriminación. Se ha invertido el concepto de la categorización racial como construcción social para justificar jerarquías y monopolizar recursos.

A medida que avanzaba en mi trabajo, me di cuenta de que la pregunta que me había inspirado a hacerlo se basaba exactamente en el color de la piel; no incluía, por ejemplo, a los nativos americanos, cuyo color de piel era presumiblemente similar al de muchos blancos europeos. De nuevo me sentí atrapado en los artificios de la clasificación. ¿Cómo y cuándo se inventó el concepto de la piel roja? ¿Cómo se podía mantener el contraste entre la piel blanca y la negra a pesar de todas las gradaciones evidentes, tanto en Europa como en África? También reparé en que la categorización racial, formulada durante los siglos XVIII y XIX en Europa y en Estados Unidos con fines científicos, pretendía incluir a todos los pueblos del mundo en una disposición relacional, sistémica y jerárquica. Este intento iba mucho más allá de la simple variedad del color de la piel. En este sentido, tuve que relacionar experiencias coloniales precisas con esta visión global de los pueblos del mundo. Esto definió mi siguiente serie de preguntas. ¿Cómo se crearon los sistemas de clasificación racial? ¿Cómo variaron estos sistemas según la época y el lugar? ¿Hasta qué punto repercutieron en la conducta humana? ¿Qué influencia tuvieron los conflictos y los intereses sociales en las categorizaciones raciales? ¿De qué manera las jerarquías raciales reflejaban los prejuicios y estimulaban la discriminación?

Esta ristra de preguntas seguía dejando lagunas en mi investigación. A los judíos, por ejemplo, rara vez se les ha definido por el color de la piel; ni siquiera se les incluyó en las principales teorías sobre las razas elaboradas en los siglos XVIII y XIX. No obstante,

los judíos fueron el principal objetivo del exterminio racial que se produjo en la Alemania nacionalsocialista. El racismo, a la luz de este devastador caso de genocidio, no puede entenderse dentro de los lindes de la historia intelectual. En lugar de ello, las prácticas políticas y sociales son fundamentales. Por eso decidí estudiar el racismo como prejuicio étnico, así como la práctica de la discriminación y la segregación. La clasificación racial no puede descartarse, ya que se ha utilizado tanto para legitimar la intervención institucional como para justificar la conducta cotidiana de los grupos sociales. Por consiguiente, necesitaba entender las prácticas, los estereotipos y las ideas clasificatorias para poder relacionarlas entre sí. Las categorizaciones se basan en las percepciones de otros pueblos del mundo, que deben ser reconstituidas. A continuación, amplí mi búsqueda a otros casos de genocidio relacionados con los herero en Namibia y con los armenios en el Imperio otomano. Con ello, me di cuenta de que surgieron diferentes formas de racismo en distintas épocas y lugares relacionadas con coyunturas específicas. Así que tuve que dejar de ver el racismo desde una perspectiva lineal y acumulativa, lo que a su vez me llevó a plantearme la última pregunta crucial: ¿Bajo qué circunstancias la discriminación y la segregación llevaron al exterminio racial?

INTERPRETACIONES

La idea de que la teoría de las razas precede al racismo —una opinión relativamente consensuada entre los historiadores— sostiene que la noción de la ascendencia étnica fue desarrollada en la Europa de los siglos XVIII y XIX por la teoría de las razas, que definía una división natural de la humanidad en subespecies clasificadas en una jerarquía.³ También sostiene que la teoría de las razas se convirtió en una herramienta trascendental para ejercer y justificar la discriminación y la segregación. Este enfoque considera que los conflictos étnicos anteriores fueron causados por divisiones religiosas, en contraposición con una división moderna

y natural. Finalmente, destaca el uso histórico de la palabra *raza* frente a la creación en el siglo xx de la palabra *racismo*.

A mi modo de ver, la categorización no precedió a la acción. Los prejuicios sobre la ascendencia étnica así como la discriminación existieron en diversos periodos de la historia, aunque reconozco el impacto crítico del marco científico proporcionado por la teoría de las razas. Los conceptos de la sangre y de la ascendencia ya desempeñaron un papel capital en las formas medievales de identificación colectiva, mientras que la división étnica y racial moderna se inspiraba en gran medida en el antagonismo religioso tradicional. La teoría de las razas estuvo impregnada de puntos de vista contradictorios, por lo que abordaré este tema en plural. Hablar de raza antes que de racismo significa seguir un enfoque nominalista; Lucien Febvre señaló hace muchos años que el concepto puede existir antes que la palabra que lo expresa.⁴ Hablaré sobre la importancia del vocabulario y argumentaré mis propias conclusiones más adelante.

Recientemente se ha puesto en duda la suposición de que el racismo es un fenómeno moderno.⁵ Benjamin Isaac cuestiona la visión ampliamente aceptada establecida por Frank Snowden de que griegos y romanos tenían prejuicios contra los bárbaros y los negros, pero que estos prejuicios no eran naturales sino culturales.⁶ Los bárbaros no sabían hablar griego, lo cual significaba que desconocían las costumbres, las ideas y las normas de comportamiento establecidas por los griegos. Los negros eran etiquetados como «caras quemadas», el significado original de la palabra *etíope* en griego; pero los prejuicios contra el color de la piel, según Snowden, no se tradujeron en políticas de exclusión social. La división entre ciudadanos libres y esclavos, o entre griegos y bárbaros, era más importante. Frente a esta visión, Isaac esgrime un argumento ricamente detallado sobre la existencia del racismo en la Antigüedad. Bajo su punto de vista, los prejuicios se producían de forma constante, se extendían ampliamente y eran perniciosos para sus víctimas. Este planteamiento defiende la existencia de prejuicios arraigados relacionados con la ascendencia colectiva, pero no logra demostrar una discriminación constante

y sistemática, el segundo elemento crucial del racismo. Sin embargo, tiene la ventaja de mostrar la importancia de los prejuicios, algunos de los cuales anticipaban ideas que los historicistas creían que tuvieron su origen en el siglo XVIII. Además, esos prejuicios eran inestables, ya que se aplicaban sucesivamente a distintos pueblos, según las coyunturas políticas cambiantes. Isaac explica cómo los prejuicios son moldeados por intereses específicos para ponerlos a su servicio.

El encuadramiento de la historia del racismo en un marco historicista (o compartimentado) fue cuestionado decisivamente en la primera historia general del racismo en el mundo occidental desde la Edad Media hasta el siglo XX elaborada por Fredrickson.⁷ Este estudio rompe con un enfoque que mira al pasado por partes, ya que establece conexiones y evita el anacronismo. Fredrickson distingue sistemáticamente el racismo social, practicado por grupos sociales en la vida cotidiana, del racismo institucional, respaldado por el Estado y transformado en política formal, como el que se produjo en el sur de Estados Unidos, Alemania y Sudáfrica. Destaca con acierto el desmoronamiento de este racismo institucionalizado entre 1945 y 1994, a pesar de la persistencia del racismo social. Fredrickson también hace hincapié en la percepción racial del Medievo y de principios de la modernidad, que ponía la sangre y la ascendencia en el centro de los principales prejuicios y acciones discriminatorias, basándose en el linaje y en la investigación genealógica. Pero acepta la idea generalizada de que la religión fue crucial para conformar los prejuicios medievales y de la modernidad temprana que desencadenaron acciones discriminatorias, mientras que la idea científicamente legitimada de una jerarquía natural de razas influyó en la acción política moderna.

Por el contrario, sostengo que las realidades modernas del racismo, en particular contra los armenios y los judíos, demuestran que la separación entre jerarquías religiosas y naturales es mucho más imprecisa de lo que generalmente se reconoce. Además, Fredrickson no cuestionó sistemáticamente la división entre naturaleza y cultura. Claude Lévi-Strauss había focalizado

formalmente el estudio antropológico en esta separación e incluso sus libros póstumos sobre Japón.⁸ En mi opinión, la división no es universal; el propio Japón es un país en el que siempre se ha defendido el ideal de una simbiosis entre naturaleza y cultura. Fue precisa la exploración exhaustiva y convincente de Peter Wade sobre la raza y el racismo en América Latina para cuestionar aún más la separación tradicional entre naturaleza y cultura.⁹ Pero este planteamiento dista mucho de estar completamente aceptado.

El problema principal del libro de Fredrickson es que casi todas las referencias a la historia medieval y moderna temprana derivan de otras, lo cual crea un marco esquemático y artificial. El contexto histórico de los prejuicios y la discriminación no se expone de forma convincente. En la narración del libro hay un vacío considerable entre la persecución de los judíos en la Edad Media, la persecución de los cristianos nuevos de ascendencia judía en la península Ibérica y las teorías de las razas en el siglo XVIII. La obra se centra exclusivamente en las acciones discriminatorias contra los judíos y los negros; pero los armenios, por ejemplo, ni se mencionan. Esto entraña un problema importante, ya que los prejuicios sobre la ascendencia étnica asociados a la discriminación con el paso del tiempo desarrollaron jerarquías de tipos de seres humanos. A mi parecer, el racismo es relacional, y sitúa a grupos específicos en jerarquías contextualizadas de acuerdo con propósitos precisos. Finalmente, Fredrickson no aborda el impacto del nacionalismo en la teoría racial y en las prácticas racistas, salvo para decir que el racismo normalmente se desarrolla en un marco nacional. El nacionalismo es una cuestión crucial en el largo periodo que va de la década de 1840 a la de 1940, y esto ha llevado a que cada vez más historiadores del racismo y del nacionalismo entablen conversaciones fructíferas. Como sabemos, el caso más extremo de mezcla de nacionalismo y racismo se produjo en la Alemania nacionalsocialista, que hizo de la exclusión de los judíos una política de Estado; pero también hay que considerar los casos antes mencionados del Imperio otomano, que tenía políticas definidas para excluir a las minorías; o de Rusia, que registró pogromos

regulares y deportaciones masivas de poblaciones étnicas/religiosas en los siglos XIX y XX.

Este debate nos lleva al principal marco interpretativo aplicado al racismo como fenómeno histórico. Muchos historiadores, explícita o implícitamente, consideran que el racismo es un fenómeno compartido por toda la humanidad que surge por doquier en circunstancias específicas, y que está acentuado por un orgullo natural de pertenencia y por la rivalidad con los competidores. Este enfoque inmanente considera que el racismo forma parte de la condición humana. Arthur Keith (1866-1955), anatomista que ejerció como rector de la Universidad de Aberdeen y presidente del Real Instituto Antropológico, sostenía que la raza y la nación eran lo mismo, equiparando así el racismo inmanente con el carácter nacional esencializado —cuestión que trataré al principio de la tercera parte—. Keith situaba el sentimiento de raza como «parte de la máquina evolutiva que salvaguarda la pureza de la raza; los prejuicios humanos suelen tener un significado biológico». ¹⁰ Desde este punto de vista, cualquier historia tendría que limitarse a llevar a cabo un enfoque fenomenológico, ya que su marco lo proporcionarían los instintos naturales y la competencia engendrada en el surgimiento o la asertividad de las naciones/razas. Rechazo esta visión inmanente, que no se basa ni en fundamentos científicos ni en pruebas históricas. Creo que debemos investigar las circunstancias específicas de la aparición tanto de las prácticas sociales que excluyen a determinados grupos como de las teorías raciales. Estas prácticas y teorías no son universales, y no llevan la misma configuración a través de las distintas épocas y lugares, como demostraré la ampliación de mi indagación a China, Japón y la India. ¹¹

La interpretación marxista asocia el racismo con las relaciones de producción. Considera los prejuicios relativos a la ascendencia étnica y a la discriminación como un pilar ideológico y político de la acumulación de capital, que mantiene los salarios bajos y justifica la explotación de ciertos tipos de seres humanos considerados inferiores. ¹² Se trata de una inteligente actualización para los tiempos modernos de la noción aristotélica de

la esclavitud natural, que justificaba y creaba un marco natural para la existencia del trabajo forzado. La ventaja de esta interpretación —su claridad— es justamente su problema: un alcance y un poder explicativo limitados, puesto que está estrictamente vinculada a las relaciones económicas, contribuye a la comprensión de los aspectos coloniales y poscoloniales de la división internacional del trabajo —que maximizaba los beneficios a la vez que minimizaba los costes tanto de producción como de perturbación política—, pero no proporciona una explicación global. Immanuel Wallerstein, por ejemplo, tacha de irracionales las políticas nacionalsocialistas de exterminio de los judíos, ya que no se ajustan al modelo de una división racializada de la mano de obra. Sin embargo, es evidente que existen niveles de racionalidad más allá de los estrictamente económicos.

Los enfoques políticos y sociales ofrecen mejores modelos interpretativos. En Estados Unidos, el racismo se ha analizado como un proyecto político que creó o reprodujo estructuras de dominación basadas en clasificaciones raciales, que se han aceptado a pies juntillas hasta nuestros días para estructurar instituciones e identidades.¹³ Max Weber abordó el problema con sutileza hace un siglo: vinculó el racismo y las teorías raciales con la monopolización del poder social y el honor, al tiempo que participó en la denuncia de la arbitrariedad de la categorización racial en su propia época.¹⁴ Es la lucha por el monopolio del poder social lo que está en juego con el racismo y la teoría racial. Por consiguiente, los prejuicios sobre la ascendencia étnica asociados a la discriminación están vinculados a proyectos políticos, aunque no siempre lleguen a ser integrados e institucionalizados por el Estado. Estas interpretaciones inspiran mi hipótesis de que los proyectos políticos son desencadenantes del racismo y están ligados a condiciones económicas específicas. La influencia de poderes puede alimentar o disuadir el racismo y canalizarlo a través de un complejo entramado de memorias colectivas y de posibilidades repentinas, un entramado que puede cambiar las formas y los objetivos del racismo.

LA SEMÁNTICA

Los conceptos utilizados para analizar el racismo son en sí mismos producto de la historia, por lo que es necesario contextualizarlos. Las palabras *racista* y *racismo* se crearon recientemente en las décadas de 1890 y de 1900 para designar a aquellos que promovían la teoría racial vinculada a una jerarquía de las razas. La división de la humanidad en grupos descendientes que supuestamente compartían las mismas características físicas y mentales se redujo para ajustarla a contextos políticos específicos. Estos grupos pasaron a tener una relación de superioridad o inferioridad. En las décadas de 1920 y 1930, las palabras *racista* y *racismo* adquirieron el significado de hostilidad contra los grupos raciales. Estas innovaciones lingüísticas reflejaban las políticas segregacionistas del sur de Estados Unidos y el desarrollo de movimientos nacionalistas en Europa basados en teorías raciales, como el que llevó al poder a los nacionalsocialistas en Alemania. Los antónimos *antirracista* y *antirracismo* se acuñaron en los años treinta y cincuenta, respectivamente, para expresar la protesta política contra los prejuicios raciales, la discriminación y la segregación.¹⁵ Tras la derrota de la Alemania nacionalsocialista en la Segunda Guerra Mundial se constató que la escalada de los prejuicios raciales había desencadenado una serie de acciones políticas sin precedentes que acabaron con la vida de millones de personas. El descubrimiento del extremo al que se habían llevado las políticas de exterminio racial condujo a la adopción de un antirracismo que hoy es la norma.

Mientras que la palabra *racismo* adquirió así un significado preciso, el concepto del sustantivo *raza* es extremadamente voluble. La palabra *raza* empezó a utilizarse en la Edad Media como sinónimo de casta, y hacía referencia al cultivo de plantas y a la cría de animales. A finales de la Edad Media, se empleó para definir el linaje nobiliario en Italia y Francia. Durante la larga contienda que tuvo lugar en la península Ibérica entre cristianos y musulmanes, que precedió a la expansión ultramarina, el término *raza* adquirió un significado étnico: primero se

aplicó a las personas de ascendencia judía y musulmana, lo que connotaba la impureza de la sangre, y luego se aplicó a los africanos y a los nativos americanos. Por consiguiente, el contenido semántico de la palabra se desarrolló a través de un sistema étnico jerárquico de clasificación dentro del contexto ibérico. En el siglo XVIII, el sustantivo *raza* se empleó en Europa para designar al género femenino y, en general, a la diversidad de los seres humanos. Dentro de las teorías de las razas, el sustantivo adquirió un papel ambiguo al etiquetar a las subespecies, que el racismo científico de mediados del siglo XIX prácticamente catalogó como especies. A finales del siglo XIX y a principios del XX, con el triunfo del nacionalismo en el mundo occidental, el término *raza* se impuso como el equivalente de nación.¹⁶

La devastación sin precedentes de la Segunda Guerra Mundial, inspirada en gran medida en las teorías raciales, puso en tela de juicio la base científica de dichas teorías y el propio concepto de la raza. El debate generado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura a finales de la década de 1940 no concluyó con la cartografía y la secuenciación del genoma humano en el año 2000.¹⁷ Hoy en día, los científicos cuestionan la base biológica de la raza, ya que hay mayor variación genética dentro de las razas tradicionalmente definidas es mayor que entre ellas. Sin embargo, aceptan la existencia de grupos específicos de disposiciones étnicas con relevancia médica en términos de inmunidad y exposición a enfermedades.¹⁸ Mientras tanto, como ya he comentado, los afroamericanos han utilizado el sustantivo *raza* para expresar su identidad colectiva e invertir el uso despectivo original de la palabra. La cuestión del «deseo» de raza ha sido examinada en este contexto político y cultural.¹⁹ Requiere una reevaluación de la noción de la identidad como percepción relacional de pertenencia que afecta a individuos, grupos y comunidades a lo largo del tiempo, así como a través de lugares, en un proceso permanente de construcción y reconstrucción.²⁰ El racismo ciertamente desempeñó una función entre los grupos específicos, creando complejas referencias cruzadas de identidades resistentes.

La exclusiva vinculación de Europa con el racismo ha sido cuestionada en diversos estudios sobre China, Japón y la India.²¹ Los conflictos entre los tuareg y las etnias africanas en la región del Sáhel, en África Occidental, se han interpretado recientemente a través de la idea de la raza y de la jerarquía racial, que se considera anterior a la herencia colonial.²² Si bien la expansión musulmana trajo consigo ideas de ascendencia compartidas con los pueblos cristianos latinos, la extensión de este enfoque para analizar el genocidio contra los tutsis requiere una investigación más profunda de las tradiciones locales. El riesgo, aquí y en otros lugares, se produce al cosificar la noción de la raza.

La inestabilidad del sustantivo *raza* demuestra que la categorización refleja el contexto histórico en lugar de definirlo. El problema es que la palabra *raza* se ha corrompido demasiado a causa de las prácticas políticas de segregación y exterminio como para que los investigadores la utilicen de forma irreflexiva. Esto explica por qué antropólogos e historiadores han empezado a buscar términos alternativos para designar a grupos colectivos fuera de los lindes ideológicos y anacrónicos de la categorización racial. El término *étnico* ha proporcionado una alternativa obvia, ya que fue acuñado en el siglo XVIII a partir de la palabra latina *ethnicus* (pagano o gentil), a su vez originaria de la denominación griega de pueblo, *ethnos* (nación o raza).²³ Este término prometía combinar las nociones de identidad colectiva y de «alteridad» al estar vacío de prejuicios raciales. El problema planteado por los antropólogos se refiere al riesgo de esencializar a aquellos grupos que han tenido fronteras fluidas y han pasado por procesos de fragmentación y reorganización. La acuñación del sustantivo *etnicidad* intentó abordar esta noción de la fluidez. Emplearé tanto *etnia* como *etnicidad* para designar a los grupos que se identificaban con una ascendencia común, haciendo hincapié en la fluidez y en la recomposición a través del sustantivo *etnicidad*. En aquellos casos en los que los investigadores recientes lo consideren más oportuno, utilizaré el sustantivo *linaje*, como en África Occidental, donde el parentesco tuvo una función decisiva en la estructuración de los grupos profesionales y de las políticas tradicionales.

La noción del racismo que emplearé en este trabajo es el resultado de una reflexión sobre la semántica histórica, así como de la evolución conceptual de las ciencias sociales. El racismo atribuye un conjunto único de rasgos físicos y/o mentales, reales o imaginarios, a grupos étnicos determinados bajo la creencia de que estas características se transmiten de generación en generación. Los grupos étnicos se consideran inferiores o divergentes de la norma representada por el grupo de referencia, lo cual justifica la discriminación o la segregación. El racismo no solo va dirigido a los grupos étnicos considerados inferiores, sino también a los grupos que se presuponen competitivos, como los judíos, los musulmanes o los armenios. Podemos encontrar elementos cruciales de ascendencia, prejuicio y discriminación en el pasado, no solo en las prácticas que se llevaban a cabo, sino también en las percepciones que se tenían: las palabras *inferior*, *prejuicio*, *exclusión* y *separación* ya se empleaban a finales de la Edad Media, mientras que los términos *inferioridad*, *estigma*, *segregación* y *discriminación* se acuñaron durante los siglos XVI y XVII.²⁴ La cuestión sigue siendo que el prejuicio relacionado con la ascendencia étnica no identifica adecuadamente el racismo, ya que dicho prejuicio debe ir acompañado de una acción discriminatoria.

El racismo se distingue del etnocentrismo en que no hace referencia a un vecindario repudiado o temido, ni a una comunidad lejana en abstracto; generalmente va dirigido a grupos con los que la comunidad de referencia está relacionada: grupos supuestamente vinculados por leyes de parentesco o ascendencia. Por otro lado, el etnocentrismo puede expresar desdén hacia otra comunidad, pero acepta la inclusión de individuos de esa comunidad, mientras que el racismo considera que la sangre afecta a todos los miembros de la comunidad de referencia. La noción del etnocentrismo puede ampliarse para abarcar la rivalidad entre lealtades religiosas, confesionales o nacionales, aunque en algunos casos el concepto de la ascendencia está profundamente arraigado a la forma en que los grupos se perciben entre sí.

El término *genocidio* es el sustantivo más reciente empleado en esta obra, y significa «el exterminio (o intento de exterminio)

deliberado y sistemático de un grupo étnico o nacional». La Convención de la ONU para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, aprobada en 1948, definió el fenómeno como «actos cometidos con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo étnico, nacional o religioso». Los actos enumerados incluyen matar a miembros del grupo específico, causar graves daños físicos o mentales, imponer deliberadamente condiciones de vida que provoquen la destrucción física del grupo, adoptar medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo y trasladar por la fuerza a los niños de un grupo a otro.²⁵ Veremos cómo esta precisa definición abarca distintos casos abordados en la quinta parte de este libro.

EL ALCANCE

La expansión europea sitúa el marco de mi investigación en distintas épocas y lugares. La exploración de otros continentes amplió radicalmente el alcance de los prejuicios relacionados con la ascendencia étnica combinados con acciones discriminatorias; mientras que la expansión ultramarina y el asentamiento colonial incentivaron la categorización de las variedades de seres humanos, lo que resultó esencial para la definición y la justificación de las jerarquías. Este vasto desplazamiento poblacional generó una nueva geografía, una nueva cartografía y una nueva percepción de los pueblos de todo el mundo —todo ello medido según el rasero y las necesidades europeas—.²⁶ La expansión latino-europea se renovó con las Cruzadas. Este proceso masivo de conquista y migración tuvo como objetivo Tierra Santa y estuvo vinculado con la recristianización de Sicilia y de la península Ibérica. La integración de los territorios conquistados exigió la inclusión, la segregación o la discriminación de las poblaciones locales. El proceso trajo consigo antiguas y nuevas percepciones de los diferentes pueblos, configurando clasificaciones y jerarquías. La primera parte de este libro aborda este proceso situándose en el contexto histórico más amplio de la Antigüedad

clásica, las invasiones bárbaras y la expansión musulmana, ya que muchos prejuicios tienen raíces antiguas. La tensión entre el universalismo de la Iglesia o del imperio y los conflictos de intereses locales durante el sometimiento de las poblaciones constituye el tema central de esta parte, en la que incluiré las periferias europeas, relacionando el colonialismo interno con el externo.

La expansión ultramarina europea, marcada por los viajes de Cristóbal Colón (1451-1506) a América y de Vasco da Gama (1469-1524) a la India en la última década del siglo xv, representó un proceso a largo plazo que permitió la exploración de nuevos mares, tierras y cielos, así como de las variedades de seres humanos. La cartografía desplazó su centro de Jerusalén a Europa, simbolizando así la nueva reafirmación del viejo continente en relación con Asia y África, y con el Nuevo Mundo. Al mito de los continentes, ya forjado en el mundo griego y romano, siguió la personificación de los mismos, otorgándoles atributos que configuraron una jerarquía de pueblos a escala mundial. Esta reivindicación trascendental de Europa durante el siglo xvi tendría importantes consecuencias a largo plazo, ya que proporcionó el modelo para la recopilación de datos sobre geografía, economía e historia natural. La segunda parte de este estudio analiza la visión europea de principios de la Edad Moderna sobre las personas y la humanidad, mostrando la importancia de la noción de la limpieza de la sangre en la península Ibérica, siguiendo las percepciones medievales sobre judíos y musulmanes. También estudia las percepciones y los estereotipos relacionados con los africanos, los asiáticos, los americanos y los europeos, puesto que expresaban proyectos políticos de expansión e influían en las categorizaciones utilizadas en las teorías de las razas.

La tercera parte del libro aborda las sociedades coloniales desde el siglo xvi hasta el xix, analizando los procesos específicos de conquista, los traslados de población y la construcción de nuevas sociedades definidas por la supremacía blanca. Estudia la clasificación de las personas surgida de las condiciones locales y regionales, en las que el envilecimiento de las castas inferiores en el mundo ibérico pudo alcanzar un nivel de deshumanización a

través de metáforas animales transferidas a las culturas coloniales del norte de Europa. Vincularé las formas de categorización y la estructura étnica para mostrar la dinámica interdependiente entre la práctica social y la taxonomía. Esta parte explora la función de los proyectos políticos, de las políticas locales y nacionales, de la discriminación y la segregación institucionalizadas, y de la convergencia y la divergencia de prácticas entre las principales potencias coloniales europeas: Portugal, España, Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. La trata de esclavos, la esclavitud y la resistencia de los nativos constituyen el centro de este análisis; la singularidad del caso estadounidense la compararé cuando haga alusión a la presencia europea en Asia. Dado que la esclavitud configuró visiblemente las sociedades coloniales americanas, analizaré el abolicionismo, su posible repercusión en la noción de los derechos humanos de finales del siglo XVIII y su relación con los prejuicios relativos a la ascendencia.

La cuarta parte examina las teorías sobre las razas junto con su impacto en las sociedades y las políticas desde el siglo XVIII hasta el XIX. Esta parte está necesariamente relacionada con la historia de las ideas y con la historia de la ciencia, en este sentido analiza las principales características de las teorías sobre las razas desde Carlos Linneo hasta Houston Stewart Chamberlain. Destaco la primera etapa de la clasificación de las variedades de seres humanos sustentada en los trabajos de Georges-Louis Leclerc de Buffon, Immanuel Kant, Petrus Camper, Johann Friedrich Blumenbach, Georges Cuvier, James Cowles Prichard y Alexander von Humboldt. Me centraré en las diferentes percepciones y en la importancia de los debates clave en los que se hizo patente la inestabilidad de las tendencias conceptuales, así como las dudas relacionadas con la definición de los límites entre razas. El estudio del racismo científico de mediados del siglo XIX nos permite ver la interrelación de las formas de clasificación con el enfrentamiento político —en este caso, la creciente tensión entre el norte y el sur de Estados Unidos, reflejada en las políticas opuestas de suelo libre y esclavo, que desembocaría en la Guerra de Secesión—. Centrándome particularmente en Charles

Darwin, mostraré cómo la noción de la evolución dejó obsoleto el enfrentamiento entre monogenistas (defensores de una creación única) y poligenistas (defensores de múltiples creaciones), para convertirse inmediatamente en un sistema de ideas sobre la evolución social y una visión jerárquica de las distintas etapas de la humanidad.

La quinta parte hace alusión al desarrollo de las políticas raciales en países concretos a partir de finales del siglo XIX. Un estudio de las políticas de exclusión y exterminio aplicadas en Europa bajo el Imperio otomano tardío y en la Alemania nacionalsocialista me permitirá reflexionar sobre el impacto del nacionalismo junto con su fusión con las nociones de raza, que resultaron letales en estos contextos. También analizaré la reaparición a gran escala de los trabajos forzados y de la esclavitud en la Alemania nacionalsocialista y en la Unión Soviética de los años treinta, así como la deportación de poblaciones enteras. El último capítulo es comparativo. Aborda las formas europeas de racismo tras la Segunda Guerra Mundial, las políticas de segregación en Estados Unidos hasta la campaña por los derechos civiles, los genocidios contra los hereros en Namibia en 1904 y los tutsis en Ruanda en 1994, y la aparición y la decadencia del *apartheid* en Sudáfrica. Finalmente, termino analizando a largo plazo el fenómeno de los prejuicios relativos a la ascendencia étnica junto con las acciones discriminatorias en tres países asiáticos que apenas se vieron condicionados por la expansión europea hasta el siglo XIX: China, Japón y la India.

Este libro reconstituye los prejuicios en torno a la ascendencia étnica puesto que allanan el terreno para la aparición de las acciones racistas. Al examinar a autores concretos, no insinúo que fueran necesariamente racistas. En muchos casos participaron en el perfilado de estereotipos, debatieron prejuicios o añadieron complejidad a las percepciones de las variedades de seres humanos; en otros casos, participaron en teorías sobre las razas, pero no en acciones discriminatorias. Esto explica por qué he intentado encontrar un equilibrio entre el análisis de los prejuicios étnicos y la discriminación; los primeros eran claramente más fluidos y

estaban más presentes que la segunda, pero la discriminación no podía llevarse a cabo sin un contexto de prejuicios.

Los problemas relacionados con las migraciones masivas, la integración de las minorías y las relaciones entre civilizaciones distan mucho de estar resueltos hoy en día. Como dijo Marc Bloch, debemos estudiar el pasado para comprender el presente y prepararnos para el futuro.²⁷ Mi esperanza es que un análisis histórico riguroso pueda contribuir a terminar la historia del racismo, que es de lo que trata este libro.